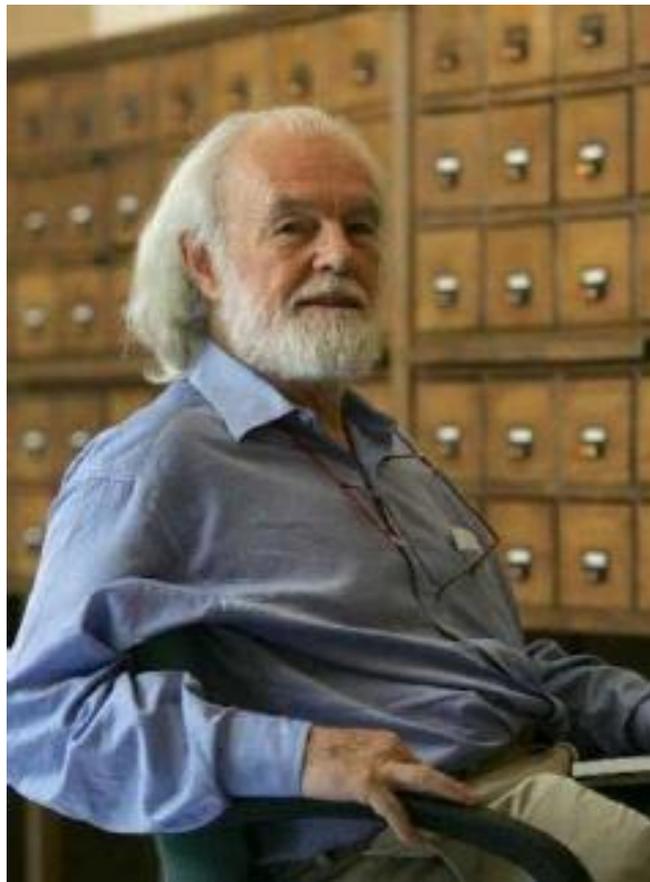


Breve historia del Neoliberalismo

David Harvey



Introducción

No sería de extrañar que los historiadores del futuro vieran los años comprendidos entre 1978 y 1980 como un punto de inflexión revolucionario en la historia social y económica del mundo. En 1978 Deng Xiaoping emprendió los primeros pasos decisivos hacia la liberalización de una economía comunista en un país que integra la quinta parte de la población mundial. En el plazo de dos décadas, el camino trazado por Deng iba a transformar China, un área cerrada y atrasada del mundo, en un centro de dinamismo capitalista abierto con una tasa de crecimiento sostenido sin precedentes en la historia de la humanidad. En la costa opuesta del Pacífico, y bajo circunstancias bastante distintas, un personaje relativamente oscuro (aunque ahora famoso) llamado Paul Volcker asumió el mando de la Reserva Federal de Estados Unidos en julio de 1979, y en pocos meses ejecutó una drástica transformación de la política monetaria. A partir de ese momento, la Reserva Federal se puso al frente de la lucha contra la inflación, sin importar las posibles consecuencias (particularmente, en lo relativo al desempleo). Al otro lado del Atlántico, Margaret Thatcher ya había sido elegida primera ministra de Gran Bretaña en mayo de 1979, con el compromiso de domeñar el poder de los sindicatos y de acabar con el deplorable estancamiento inflacionario en el que había permanecido sumido el país durante la década anterior. Inmediatamente después, en 1980, Ronald Reagan era elegido presidente de Estados Unidos y, armado con su encanto y con su carisma personal, colocó a Estados Unidos en el rumbo de la revitalización de su economía apoyando las acciones de Volcker en la Reserva Federal y añadiendo su propia receta de políticas para socavar el poder de los trabajadores, desregular la industria, la agricultura y la extracción de recursos, y suprimir las trabas que pesaban sobre los poderes financieros tanto internamente como a escala mundial. A partir de estos múltiples epicentros, los impulsos revolucionarios parecieron propagarse y reverberar para rehacer el mundo que nos rodea bajo una imagen completamente distinta. Las transformaciones de este alcance y profundidad no suceden de manera accidental. Así pues, resulta oportuno indagar qué caminos y qué medios se utilizaron para lograr arrancar esta nueva configuración económica -a menudo subsumida en el término "globalización"- de las entrañas de la vieja. Volcker, Reagan, Thatcher y Deng Xiaoping optaron por utilizar, todos ellos, discursos minoritarios que estaban en circulación desde hacía largo tiempo y los tornaron mayoritarios (aunque en ningún caso sin una dilatada lucha). Reagan hizo revivir una tradición minoritaria en el seno del Partido Republicano, surgida a principios de la década de 1960 de la mano de Barry Goldwater. Deng era testigo del vertiginoso aumento de riqueza y de influencia experimentado por Japón, Taiwán, Hong Kong, Singapur y Corea del Sur, y para salvaguardar y promover los intereses del Estado chino, resolvió movilizar un socialismo de mercado en lugar de la planificación central. A su vez, tanto Volcker como Thatcher rescataron de las sombras de relativa oscuridad en que se encontraba una singular doctrina a la que llamaban "neoliberalismo" y la transformaron en el principio rector de la gestión y el pensamiento económicos. Esta doctrina -sus orígenes, su ascenso y sus implicaciones-, constituye mi principal objeto de interés en las páginas que siguen.

El neoliberalismo es, ante todo, una teoría de prácticas político-económicas que afirma que la mejor manera de promover el bienestar del ser humano, consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y de las libertades empresariales del individuo, dentro de un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad privada, fuertes mercados libres y libertad de comercio. El papel del Estado es crear y preservar el marco institucional apropiado para el desarrollo de estas prácticas. Por ejemplo, tiene que garantizar la calidad y la integridad del dinero. Igualmente, debe disponer las funciones y estructuras militares, defensivas, policiales y legales que son necesarias para asegurar los derechos de propiedad privada y garantizar, en caso necesario mediante el uso de la fuerza, el correcto funcionamiento de los mercados. Por otro lado, en aquellas áreas en las que no existe mercado (como la tierra, el agua, la educación, la atención sanitaria, la seguridad social o la contaminación medioambiental), éste debe ser creado, cuando sea necesario, mediante la acción estatal. Pero el Estado no debe aventurarse más allá de lo que prescriban estas tareas. La intervención estatal en los mercados (una vez creados) debe ser mínima porque, de acuerdo con esta teoría, el Estado no puede en modo alguno obtener la información necesaria para anticiparse a las señales del mercado (los precios) y porque es inevitable que poderosos grupos de interés distorsionen y condicionen estas intervenciones estatales (en particular en los sistemas democráticos) atendiendo a su propio beneficio. Desde la década de 1970, por todas partes hemos asistido a un drástico giro hacia el neoliberalismo tanto en las prácticas como en el pensamiento político-económico. La desregulación, la privatización, y el abandono por el Estado de muchas áreas de la provisión social han sido generalizadas. Prácticamente todos los Estados, desde los recientemente creados tras el derrumbe de la Unión Soviética, hasta las socialdemocracias y los Estados de bienestar tradicionales, como Nueva Zelanda y Suecia, han abrazado en ocasiones de manera voluntaria y en otras obedeciendo a poderosas presiones, alguna versión de la teoría neoliberal y, al menos, han ajustado algunas de sus políticas y de sus prácticas a tales premisas. Sudáfrica se adscribió al neoliberalismo rápidamente después del fin del apartheid e incluso la China contemporánea, tal y como veremos más adelante, parece que se está encaminando en esta dirección. Por otro lado, actualmente, los defensores de la vía neoliberal ocupan puestos de considerable influencia en el ámbito académico (en universidades y en muchos think-thanks), en los medios de comunicación, en las entidades financieras y juntas directivas de las corporaciones, en las instituciones cardinales del Estado (como ministerios de Economía o bancos centrales) y, asimismo, en las instituciones internacionales que regulan el mercado y la finanzas a escala global, como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y la Organización Mundial del Comercio (OMC). En definitiva, el neoliberalismo se ha tornado hegemónico como forma de discurso. Posee penetrantes efectos en los modos de pensamiento, hasta el punto de que ha llegado a incorporarse a la forma natural en que muchos de nosotros interpretamos, vivimos y entendemos el mundo. Sin embargo, el proceso de neoliberalización ha acarreado un acusado proceso de “destrucción creativa” no sólo de los marcos y de los poderes institucional es previamente existentes (desafiando incluso las formas tradicionales de soberanía estatal) sino también de las divisiones del trabajo, de las relaciones sociales, de las áreas de protección social, de las combinaciones tecnológicas, de las formas de vida y de pensamiento, de las actividades de reproducción, de los vínculos con la tierra y de los hábitos del corazón. En tanto que el neoliberalismo valora el intercambio del mercado como “una ética en sí misma, capaz de actuar como un guía para toda la acción humana y sustituir todas las creencias éticas anteriormente mantenidas”,

enfatisa el significado de las relaciones contractuales que se establecen en el mercado. Sostiene que el bien social se maximiza al maximizar el alcance y la frecuencia de las transacciones comerciales y busca atraer toda la acción humana al dominio del mercado. Esto exige tecnologías de creación de información y capacidad de almacenar, transferir, analizar y utilizar enormes bases de datos para guiar la toma de decisiones en el mercado global. De ahí la búsqueda y el intenso interés del neoliberalismo en las tecnologías de la información (lo que ha llevado a algunos a proclamar la emergencia de una nueva clase de “sociedad de la información”). Estas tecnologías han comprimido tanto en el espacio como en el tiempo, la creciente densidad de transacciones comerciales. Han producido una explosión particularmente intensa de lo que en otras ocasiones he denominado “compresión espaciotemporal”. Cuanto más amplia sea la escala geográfica (Lo que explica el énfasis en la “globalización”) y más cortos los plazos de los contratos mercantiles, mejor. Esta última preferencia concuerda con la famosa descripción de Lyotard de la condición posmoderna, como aquella en la que el “contrato temporal” sustituye a las “instituciones permanentes en la esfera profesional, emocional, sexual, cultural, internacional y familiar, así como también en los asuntos políticos”. Las consecuencias culturales del dominio de esta ética del mercado son innumerables, tal y como describí previamente en *The Condition of Posmodernity* y de sus efectos, carecemos –y ésta es la brecha que aspira llenar este libro– de un relato político-económico del origen de la neoliberalización y del modo en que ha proliferado de manera tan generalizada a escala mundial. Por otro lado, abordar esta historia desde una perspectiva crítica, sirve para proponer un marco para identificar y construir acuerdos políticos y económicos alternativos. En los últimos tiempos me he beneficiado de las conversaciones mantenidas con Gerard Duménil, Sam Gindin y Leo Panitch. Asimismo, arrastro deudas que vienen de más atrás con Masao Miyoshi, Giovanni Arrigi, Patrick Bond, Cindi Katia, Neil Smith, Bertell Ollman, María Kaika y Erick Swyngedouw. Una conferencia sobre neoliberalismo patrocinada por la Fundación Rosa Luxemburgo y celebrada en Berlín, en noviembre de 2001, despertó mi interés sobre el tema de este libro. Doy las gracias, principalmente, aunque no exclusivamente, al rector del CUNY Graduate Center, Bill Nelly, y a mis colegas y estudiantes del Programa de Antropología, por su interés y por el apoyo que me han brindado. Y, por supuesto, absuelvo a todo el mundo de cualquier responsabilidad por los resultados.

I

La libertad no es más que una palabra...

Para que cualquier forma de pensamiento se convierta en dominante, tiene que presentarse un aparato conceptual que sea sugerente para nuestras intuiciones, nuestros instintos, nuestros valores y nuestros deseos así como también para las posibilidades inherentes al mundo social que habitamos. Si esto se logra, este aparato conceptual se injerta de tal modo

en el sentido común que pasa a ser asumido como algo dado y no cuestionable. Los fundadores del pensamiento neoliberal tomaron el ideal político de la dignidad y de la libertad individual, como pilar fundamental que consideraron “los valores centrales de la civilización”. Realizaron una sensata elección ya que efectivamente se trata de ideales convincentes y sugestivos. En su opinión, estos valores se veían amenazados no sólo por el fascismo, las dictaduras y el comunismo, sino por todas las formas de intervención estatal que sustitúan con valoraciones colectivas la libertad de elección de los individuos.

12La idea de dignidad y de libertad individual son conceptos poderosos y atrayentes por sí mismos. Estos ideales reafirmaron a los movimientos disidentes en Europa del Este y en la Unión Soviética antes del final de la Guerra Fría, así como a los estudiantes de la Plaza de Tiananmen. Los movimientos estudiantiles que sacudieron el mundo en 1968 -desde París y Chicago hasta Bangkok y Ciudad de México- estaban en parte animados por la búsqueda de una mayor libertad de expresión y de elección individuales. En términos más generales, estos ideales atraen a cualquier persona que aprecie la facultad de tomar decisiones por sí misma. La idea de libertad, inserta en la tradición estadounidense desde hace largo tiempo, ha desempeñado un notable papel en Estados Unidos en los últimos años. El «11 de septiembre» fue interpretado de manera inmediata por muchos analistas como un ataque contra ella. «Un mundo pacífico en el que crece la libertad», escribió el presidente Bush en el primer aniversario de aquél fatídico día, «al servicio de los intereses a largo plazo de Estados Unidos, que refleja la permanencia de los ideales estadounidenses y que une a los aliados de este país». «La humanidad», concluía, «sostiene en sus manos la oportunidad de ofrecer el triunfo de la libertad sobre todos sus enemigos seculares» y «Estados Unidos recibe con alegría sus responsabilidades al mando de esta gran misión». Este lenguaje fue incorporado al documento titulado Estrategia de Defensa Nacional Estadounidense que fue emitido poco después. «La libertad es el regalo del Todopoderoso a todos los hombres y mujeres del mundo» dijo posteriormente añadiendo que «en tanto que la mayor potencia sobre la tierra, nosotros tenemos la obligación de ayudar a la expansión de la libertad. Cuando todas las restantes razones para emprender una guerra preventiva contra Iraq se revelaron deficientes, el presidente apeló a la idea de que la libertad otorgada a Iraq era en sí misma y por sí misma una justificación adecuada de la guerra. Los iraquíes eran libres y eso era todo lo que realmente importaba. Pero qué tipo de libertad se vislumbra aquí si, tal y como el crítico cultural Matthew Arnold, reflexionó hace mucho tiempo, «la libertad es un caballo muy bueno para cabalgar sobre él, pero para ir a algún sitio. ¿A qué destino, por consiguiente, se espera que encamine el pueblo iraquí el caballo de la libertad que se le ha donado por la fuerza de las armas? La respuesta de la Administración Bush a esta cuestión quedó clara el 19 de septiembre de 2003, cuando Paul Bremer, director de la Autoridad Provisional de la Coalición, promulgó cuatro decretos en los que se preveía «la plena privatización de las empresas públicas, plenos derechos de propiedad para las compañías extranjeras que hayan adquirido y adquieran empresas iraquíes, la plena repatriación de los beneficios extranjeros [...] la apertura de los bancos iraquíes al control extranjero, la dispensación de un tratamiento nacional a las compañías extranjeras y [...] la eliminación de prácticamente todas las barreras comerciales». Estos decretos iban a ser aplicados en todas las esferas económicas, incluyendo los servicios públicos, los medios de comunicación, la industria, los servicios, los transportes, las finanzas y la construcción. Únicamente el petróleo quedaría exento (presumiblemente debido a su especial estatus como generador de

rentas para pagar la guerra y su relevancia geopolítica). El mercado del trabajo, a su vez, iba a estar estrictamente regulado. Las huelgas estarían efectivamente prohibidas en los sectores clave de la economía y el derecho de sindicación restringido. Igualmente, se implantó un «sistema impositivo fijo» sumamente regresivo (un ambicioso plan de reforma fiscal defendido desde hacía mucho tiempo por los conservadores para su implementación en Estados Unidos). En opinión de algunos analistas, estos decretos eran una violación de las Convenciones de Ginebra y de la Haya, ya que un país ocupante tiene el deber de proteger los activos de un país ocupado en lugar de liquidarlos. Algunos iraquíes opusieron resistencia a lo que The Economist londinense denominó régimen del «sueño capitalista» en Irak. Un miembro de la Autoridad Provisional de la Coalición nombrada por Estados Unidos criticó enérgicamente la imposición del «fundamentalismo de libre mercado», al que denominó «una lógica errada que ignora la historia». Aunque las normas de Bremen pudieran haber sido ilegales por venir impuestas por una potencia ocupante, podían convertirse en legales si eran confirmadas por un gobierno «soberano». El gobierno interino nombrado por Estados Unidos que asumió el poder a finales de junio de 2004 fue declarado «soberano», pero únicamente tenía poder para confirmar las leyes existentes. Antes del traspaso de poderes, Bremer multiplicó el número de leyes destinadas a especificar hasta en los últimos detalles las reglas del mercado libre y del libre comercio (en cuestiones tan pormenorizadas como las leyes que regulan los derechos de autor y las leyes de propiedad intelectual), expresando su esperanza de que estos pactos institucionales «cobrarán vida y fuerza propias» de tal forma que resultaran muy difíciles de revertirse garantizan mediante la libertad de mercado y de comercio, es un rasgo cardinal del pensamiento neoliberal, y ha dominado durante largo tiempo la postura de Estados Unidos hacia el resto del mundo. Evidentemente, lo que Estados Unidos pretendía imponer por la fuerza en Iraq, era un aparato estatal cuya misión fundamental era facilitar las condiciones para una provechosa acumulación de capital tanto por parte del capital extranjero como del doméstico. A esta forma de aparato estatal la denominaré Estado neoliberal. Las libertades que encarna reflejan los intereses de la propiedad privada, las empresas, las compañías multinacionales, y el capital financiero. En definitiva, Bremer invitó a los iraquíes a cabalgar su caballo de la libertad directo hacia la cuadra neoliberal. Merece la pena recordar que el primer experimento de formación de un Estado neoliberal se produjo en Chile tras el golpe de Pinochet el «11 de septiembre menor» de 1973 (casi treinta años antes del día del anuncio del régimen que iba a instalarse en Iraq por parte de Bremer). El golpe contra el gobierno democráticamente elegido de Salvador Allende fue promovido por las élites económicas domésticas que se sentían amenazadas por el rumbo hacia el socialismo de su presidente. Contó con el respaldo de compañías estadounidenses, de la CIA, y del secretario de Estado estadounidense Henry Kissinger. Reprimió de manera violenta todos los movimientos sociales y las organizaciones políticas de izquierda y desmanteló todas las formas de organización popular (como los centros de salud comunitarios de los barrios pobres) que existían en el país. El mercado de trabajo, a su vez, fue «liberado» de las restricciones reglamentarias o institucionales (el poder de los sindicatos, por ejemplo). ¿Pero de qué modo iba a ser reactivada su estancada economía? Las políticas de sustitución de las importaciones (fomentando las industrias nacionales mediante subvenciones o medidas de protección arancelaria) que habían dominado las tentativas latinoamericanas de desarrollo económico, habían caído en el descrédito, particularmente en Chile, donde nunca habían funcionado especialmente bien. Con el mundo entero en recesión económica, se requería un nuevo enfoque. Para ayudar a reconstruir la economía chilena, se convocó a un grupo de economistas conocidos como los “Chicago boys” a causa de su adscripción a las teorías neoliberales de Milton Friedman, que entonces enseñaba en la Universidad de Chicago. La historia de cómo fueron elegidos es interesante. Desde la

década de 1950 Estados Unidos había financiado la formación de algunos economistas chilenos en la Universidad de Chicago, como parte de un programa de la Guerra Fría destinado a contrarrestar las tendencias izquierdistas en América Latina. Estos economistas formados en Chicago, llegaron a dominar la Universidad Católica privada de Santiago de Chile. A principios de la década de 1970, las elites financieras organizaron su oposición a Allende a través de un grupo llamado «el Club de los lunes», y desarrollaron una productiva relación con estos economistas financiando sus trabajos a través de institutos de investigación. Después de que el general Gustavo Leigh, rival de Pinochet para auparse al poder y defensor de las ideas keynesianas, fuera arrinconado en 1975, Pinochet puso a estos economistas en el gobierno donde su primer trabajo fue negociar los créditos con el Fondo Monetario Internacional. El fruto de su trabajo junto al FMI, fue la reestructuración de la economía en sintonía con sus teorías. Revirtieron las nacionalizaciones y privatizaron los activos públicos, abrieron los recursos naturales (la industria pesquera y la maderera, entre otras) a la explotación privada y desregulada (en muchos casos sin prestar la menor consideración hacia las reivindicaciones de los habitantes indígenas), privatizaron la Seguridad Social y facilitaron la inversión extranjera directa y una mayor libertad de comercio. El derecho de las compañías extranjeras a repatriar los beneficios de sus operaciones chilenas fue garantizado. Se favoreció un crecimiento basado en la exportación frente a la sustitución de las importaciones. El único sector reservado al Estado, fue el recurso clave del cobre (al igual que el petróleo en Iraq). Ésto se reveló crucial para la viabilidad presupuestaria del Estado, puesto que los ingresos del cobre fluían exclusivamente hacia sus arcas. La reactivación inmediata de la economía chilena en términos de tasa de crecimiento, acumulación de capital y una elevada tasa de rendimiento sobre las inversiones extranjeras, no duró mucho tiempo. Todo se agrió en la crisis de la deuda que azotó América Latina en 1982. Como resultado, en los años que siguieron se produjo una aplicación mucho más pragmática y menos conducida por la ideología de las políticas neoliberales. Todo este proceso, incluido el pragmatismo, sirvió para proporcionar una demostración útil para apoyar el subsiguiente giro hacia el neoliberalismo, tanto en Gran Bretaña (bajo el gobierno de Thatcher) como en Estados Unidos (bajo el de Reagan), en la década de 1980. De este modo, y no por primera vez, un brutal experimento llevado a cabo en la periferia se convertía en un modelo para la formulación de políticas en el centro (muy parecido a la experimentación con un sistema impositivo fijo en Iraq, propuesto en el marco de los decretos de Bremer). El hecho de que dos reestructuraciones del aparato estatal que presentan una similitud tan manifiesta, hayan ocurrido en épocas tan distintas y en lugares tan diferentes del mundo bajo la influencia coactiva de Estados Unidos, sugiere que el alcance inexorable del poder imperial estadounidense, podría obedecer a la rápida proliferación de formas estatales neoliberales alrededor del mundo registradas desde mediados de la década de 1970. Aunque sin duda ésto se haya producido a lo largo de los últimos treinta años, en ningún caso constituye toda la historia, como muestra el elemento doméstico del giro neoliberal en Chile. Por otro lado, Estados Unidos no obligó a Margaret Thatcher a adentrarse en la inexplorada senda neoliberal en 1979. Como tampoco obligó a China, en 1978, a emprender el camino hacia la liberalización. Los restringidos movimientos hacia la neoliberalización de India en la década de 1980 y de Suecia a principios de la de 1990, no pueden atribuirse fácilmente al alcance imperial del poder estadounidense. Evidentemente, el desarrollo geográfico desigual del neoliberalismo a escala mundial, ha sido un proceso de gran complejidad que ha entrañado múltiples determinaciones y no poco caos y confusión. ¿Por qué, entonces, se produjo el giro

neoliberal y cuáles fueron las fuerzas que le otorgaron su hegemonía dentro del capitalismo global?

¿Por qué el giro neoliberal?

La reestructuración de las formas estatales y de las relaciones internacionales después de la Segunda Guerra Mundial, estaba concebida para prevenir un regreso a las catastróficas condiciones que habían amenazado como nunca antes el orden capitalista en la gran depresión de la década de 1930. Al parecer, también iba a evitar la reemergencia de las rivalidades geopolíticas interestatales que habían desatado la guerra. Como medida para asegurar la paz y la tranquilidad en la escena doméstica, había que construir cierta forma de compromiso de clase entre el capital y la fuerza de trabajo. Tal vez, el mejor retrato del pensamiento de la época se encuentre en un influyente texto escrito por dos eminentes sociólogos, Robert Dahl y Charles Lindblom, que fue publicado en 1953. En opinión de ambos autores, tanto el capitalismo como el comunismo en su versión pura, habían fracasado. El único horizonte por delante era construir la combinación precisa de Estado, mercado e instituciones democráticas para garantizar la paz, la integración, el bienestar y la estabilidad.

En el plano internacional, un nuevo orden mundial era erigido a través de los acuerdos de Bretton Woods, y se crearon diversas instituciones como la Organización de las Naciones Unidas, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el Banco de Pagos Internacionales de Basilea, que tenían como finalidad contribuir a la estabilización de las relaciones internacionales. Asimismo, se incentivó el libre comercio de bienes mediante un sistema de tipos de cambio fijos, sujeto a la convertibilidad del dólar estadounidense en oro a un precio fijo. Los tipos de cambio fijos eran incompatibles con la libertad de los flujos de capital que tenían que ser controlados, pero Estados Unidos tenía que permitir la libre circulación del dólar más allá de sus fronteras si el dólar iba a funcionar como moneda de reserva global. Este sistema existió bajo el paraguas protector de la potencia militar de Estados Unidos. Únicamente la Unión Soviética y la Guerra Fría imponían un límite a su alcance global. Después de la Segunda Guerra Mundial, en Europa emergieron una variedad de Estados social demócratas, demócrata cristianos y dirigistas. Estados Unidos, por su parte, se inclinó hacia una forma estatal demócrata liberal y Japón, bajo la atenta supervisión de Estados Unidos, cimentó un aparato estatal en teoría democrática pero en la práctica sumamente burocrática facultada para supervisar la reconstrucción del país. Todas estas formas estatales diversas tenían en común la aceptación de que el Estado debía concentrar su atención en el pleno empleo, en el crecimiento económico y en el bienestar de los ciudadanos, y que el poder estatal debía desplegarse libremente junto a los procesos del mercado -o, si fuera necesario, interviniendo en él o incluso sustituyéndole-, para alcanzar esos objetivos. Las políticas presupuestarias y monetarias generalmente llamadas “keynesianas” fueron ampliamente aplicadas para amortiguar los ciclos económicos y asegurar un práctico pleno empleo. Por regla general, se defendía un «compromiso de clase» entre el capital y la fuerza de trabajo como garante fundamental de la paz y de la tranquilidad en el ámbito doméstico. Los Estados intervinieron de manera activa en la

política industrial y se implicaron en la fijación de fórmulas establecidas de salario social diseñando una variedad de sistemas de protección (asistencia sanitaria y educación, entre otros). Actualmente es habitual referirse a esta organización político-económica como «liberalismo embridado» para señalar el modo en que los procesos del mercado así como las actividades empresariales y corporativas, se encontraban cercadas por una red de constreñimientos sociales y políticos y por un entorno regulador que en ocasiones restringían, pero en otras instancias señalaban la estrategia económica e industrial. Se recurría con frecuencia (por ejemplo, en Gran Bretaña, Francia e Italia) a la planificación estatal y en algunas instancias a la propiedad pública de sectores clave de la economía (como el carbón, el acero o la industria automovilística). El proyecto neoliberal consiste en desembridar al capital de estos constreñimientos. El liberalismo embridado generó altas tasas de crecimiento económico en los países del capitalismo avanzado durante las décadas de 1950 y 1960. En cierta medida esto dependió de la dadivosidad de Estados Unidos al estar dispuesto a asumir déficit con el resto del mundo y absorber cualquier producto excedente dentro de sus fronteras. Este sistema reportó beneficios como la expansión de los mercados de exportación (de manera más evidente para Japón, pero también de manera desigual al conjunto de América Latina y a algunos otros países del sureste asiático), pero las tentativas de exportar “desarrollo” a gran parte del resto del mundo, se vieron en buena medida encalladas. En la mayor parte del Tercer Mundo, particularmente en África, el liberalismo embridado continuó siendo un sueño imposible. La deriva subsiguiente hacia la neoliberalización después de 1980 no conllevó ningún cambio material significativo en su empobrecida condición. En los países del capitalismo avanzado, el mantenimiento de una política redistributiva (que incluía la integración política en alguna medida del poder sindical obrero y el apoyo a la negociación colectiva), de controles sobre la libre circulación del capital (en particular cierto grado de represión financiera a través de controles del capital), de un abultado gasto público y la instauración estatal del sistema de bienestar, de activas intervenciones estatales en la economía y cierto grado de planificación del desarrollo, fueron de la mano con tasas de crecimiento relativamente altas. El ciclo económico era controlado de manera satisfactoria mediante la aplicación de políticas fiscales y monetarias keynesianas. Las actividades de este Estado intervencionista sirvieron para promocionar una economía social y moral (en ocasiones apoyada por un fuerte sentido de identidad nacional). En efecto, el Estado se convirtió en un campo de fuerzas que internalizó las relaciones de clase. Instituciones obreras como los sindicatos de trabajadores y los partidos políticos de izquierda tuvieron una influencia muy real dentro del aparato estatal. A finales de la década de 1960 el liberalismo embridado comenzó a desmoronarse, tanto a escala internacional como dentro de las economías domésticas. En todas partes se hacían evidentes los signos de una grave “crisis de acumulación de capital”

El crecimiento tanto del desempleo como de la inflación se disparó por doquier anunciándose la entrada en una fase de “esta inflación” global que se prolongó durante la mayor parte de la década de 1970. La caída de los ingresos tributarios y el aumento de los gastos sociales provocaron crisis fiscales en varios Estados (Gran Bretaña, por ejemplo, tuvo que ser rescatada por el FMI en la crisis de 1975- 1976). Las políticas keynesianas habían dejado de funcionar. Ya antes de la Guerra árabe-israelí y del embargo de petróleo impuesto por la OPEP en 1973, el sistema de tipos de cambio fijos respaldado por las reservas de oro establecido en Bretton Woods se había ido al traste. La porosidad de las fronteras estatales respecto a los flujos de capital dificultó el funcionamiento del sistema de

tipos de cambio fijos. Los dólares estadounidenses regaban el mundo y habían escapado al control de Estados Unidos al ser depositados en bancos europeos. Así pues, en 1971 se produjo el abandono de los tipos de cambio fijos. El oro no podía seguir funcionando como la base metálica de la divisa internacional; se permitió que los tipos de cambio fluctuaran y los esfuerzos por controlar esta fluctuación fueron abandonados enseguida. A todas luces, el liberalismo embrudado que había rendido elevadas tasas de crecimiento, al menos a los países capitalistas avanzados, después de 1945 se encontraba exhausto y había dejado de funcionar. Si quería salirse de la crisis hacía falta alguna alternativa. Una respuesta consistía en intensificar el control estatal y la regulación de la economía a través de estrategias corporativistas (incluyendo, de ser necesario, la frustración de las aspiraciones de los trabajadores y de los movimientos populares a través de medidas de austeridad, políticas de ingresos, e incluso del control de precios y salarios). Esta respuesta era alentada por diversos partidos socialistas y comunistas en Europa, que depositaron sus esperanzas en experimentos innovadores en las formas de gobierno visibles en algunos lugares, como la «Bolonia Roja» controlada por los comunistas en Italia, la transformación revolucionaria en Portugal al calor de la caída del fascismo, el giro hacia un socialismo de mercado más abierto y las ideas del «eurocomunismo», en particular en Italia (bajo el liderazgo de Berlinguer) y en España (bajo la influencia de Carrillo), o la expansión de la fuerte tradición socialdemócrata del Estado del bienestar en los países escandinavos. La izquierda congregó un considerable poder popular detrás de estos programas, rozando el poder en Italia y ganándolo de hecho en Portugal, Francia, España y Gran Bretaña, sin dejar de conservar su poder en la península escandinava. Incluso en Estados Unidos, a principios de la década de 1970, el Congreso controlado por el Partido Demócrata generó un enorme aluvión de iniciativas de reforma legislativas (elevadas a rango ley por el presidente republicano Richard Nixon, que en el proceso llegó a observar que «ahora todos somos keynesianos») en todo tipo de materias, desde la protección del medio ambiente hasta la seguridad y la salud en el trabajo, los derechos civiles o la protección de los consumidores. Pero la izquierda no fue mucho más allá de las tradicionales soluciones socialdemócratas y corporativistas si bien, a mediados de la década de 1970, éstas se habían revelado incompatibles con las exigencias de la acumulación de capital. Ésto desencadenó una polarización del debate entre quienes se alineaban a favor de la socialdemocracia y de la planificación central (y que cuando alcanzaron el poder, como en el caso del Partido Laborista británico, a menudo acabaron tratando de doblegar las aspiraciones de sus propios votantes apoyándose, por regla general, en argumentos pragmáticos), por un lado, y los intereses de todos aquellos comprometidos con la liberación del poder financiero y de las corporaciones, y el restablecimiento de las libertades de mercado, por otro. A mediados de la década de 1970, los intereses de éste último grupo comenzaron a cobrar mayor influencia. ¿Pero cómo eran las condiciones para que la reanudación de la activa acumulación de capital pudiera ser restaurada? Cómo y por qué el neoliberalismo emergió victorioso como la única respuesta a esta cuestión es el quid del problema que debemos resolver. Desde una mirada retrospectiva puede parecer como si la respuesta fuese tan obvia como inevitable pero, al tiempo, pienso que es justo decir que nadie supo o comprendió con certeza qué tipo de respuesta funcionaría y cómo lo haría. El mundo capitalista fue dando tumbos hacia la respuesta que constituyó la neoliberalización a través de una serie de zigzagueos y de experimentos caóticos, que en realidad únicamente convergieron en una nueva ortodoxia gracias a la articulación de lo que llegó a ser conocido como el «Consenso de Washington» en la década de 1990. Por entonces, tanto Clinton como Blair pudieron

haber dado la vuelta sin problemas a la observación de Nixon y decir de manera sencilla que «ahora todos somos neoliberales». El desarrollo geográfico desigual del neoliberalismo, su aplicación con frecuencia parcial y sesgada respecto a cada Estado y su formación social, testifica la vacilación de las soluciones neoliberales y las formas complejas en que las fuerzas políticas, las tradiciones históricas, y los pactos institucionales existentes sirvieron, en su conjunto, para labrar el por qué y el cómo de los procesos de neoliberalización que en realidad se produjeron.

Sin embargo, hay un elemento dentro de esta transición que merece una atención específica. La crisis de acumulación de capital que se registró en la década de 1970 sacudió a todos a través de la combinación del ascenso del desempleo y la aceleración de la inflación (figura 1.1). El descontento se extendió y la unión del movimiento obrero y de los movimientos sociales en gran parte del mundo capitalista avanzado, parecía apuntar hacia la emergencia de una alternativa socialista al compromiso social entre el capital y la fuerza de trabajo que, de manera tan satisfactoria, había fundado la acumulación capitalista en el periodo posbélico. En gran parte de Europa, los partidos comunistas y socialistas estaban ganando terreno, cuando no tomando el poder, y hasta en Estados Unidos las fuerzas populares se movilizaban exigiendo reformas globales así como intervenciones del Estado. Esto planteaba por doquier una clara amenaza Política a las elites económicas y a las clases dominantes, tanto en los países del capitalismo avanzado (Italia, Francia, España, y Portugal) como en muchos países en vías de desarrollo (Chile, México y Argentina). En Suecia, por ejemplo, lo que se conocía como el plan Rehn-Meidner proponía, literalmente, comprar de manera paulatina a los dueños de las empresas su participación en sus propios negocios y convertir el país en una democracia de trabajadores/propietarios de participaciones. Pero, más allá de esto, ahora se comenzaba a palpar la amenaza económica a la posición de las clases y de las elites dominantes.

Una condición de acuerdo posbélico en casi todos los países, fue que se restringiera el poder económico de las clases altas y que le fuera concedida a la fuerza de trabajo una mayor porción del pastel económico. En Estados Unidos, por ejemplo, la porción de la renta nacional del 1 % de quienes perciben una mayor renta, cayó de un elevado 16 % en el período prebélico, a menos de un 8 % al final de la Segunda Guerra Mundial, y permaneció rondando este nivel durante casi tres décadas. Mientras el crecimiento fuera fuerte, esta restricción no parecía ser importante. Tener una participación estable de una tarta creciente es una cosa. Pero cuando en la década de 1970 el crecimiento se hundió, los tipos de interés real fueron negativos y unos dividendos y beneficios miserables se convirtieron en la norma, las clases altas de todo el mundo se sintieron amenazadas. En Estados Unidos, el control de la riqueza (en oposición a la renta) por parte del 1 % más rico de la población, se había mantenido bastante estable a lo largo del siglo XX. Pero en la década de 1970, cayó de manera precipitada (figura 1.2) cuando el valor de los activos (acciones, propiedades, ahorros) se desplomó. Las clases altas tenían que realizar movimientos decisivos si querían resguardarse de la aniquilación política y económica.

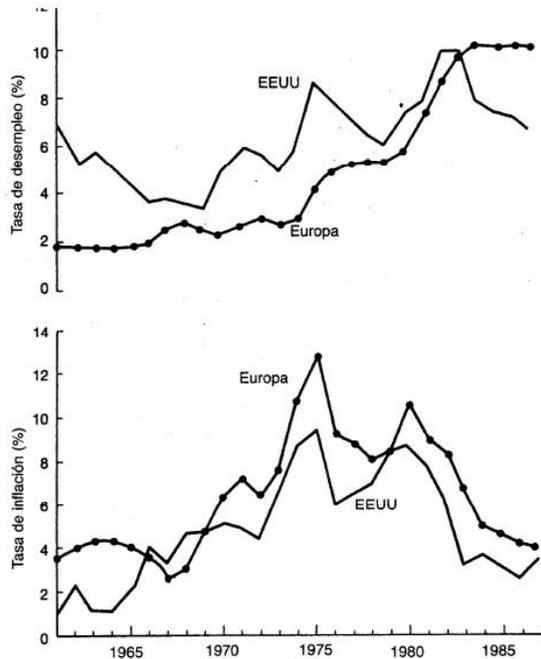


Figura 1.1 La crisis económica de la década de 1970: inflación y desempleo en Estados Unidos y en Europa, 1960-1987.

El golpe de estado de Chile y la toma del poder por los militares en Argentina, promovidos internamente por las clases altas con el apoyo de Estados Unidos, proporcionaba un amago de solución. El posterior experimento con el neoliberalismo de Chile, demostró que bajo la privatización forzosa los beneficios de la reanimada acumulación de capital, presentaban un perfil tremendamente sesgado.

Al país y a sus elites dominantes, junto a los inversores extranjeros, les fue extremadamente bien en las primeras etapas. En efecto, los efectos redistributivos y la creciente desigualdad social han sido rasgo tan persistente de la neoliberalización como para poder ser considerados un rasgo estructural de todo el proyecto. Gérard Duménil y Dominique Lévy, tras una cuidadosa reconstrucción de los datos existentes, han concluido que la neoliberalización fue desde su mismo comienzo un proyecto para lograr la restauración del poder de clase. Tras la implementación de las políticas neoliberales a finales de la década de 1970, en Estados Unidos, el porcentaje de la renta nacional en manos del 1 % más rico de la sociedad ascendió hasta alcanzar, a finales del siglo pasado, el 15 % (muy cerca del porcentaje registrado en el periodo anterior a la Segunda Guerra Mundial). El 0,1 % de los perceptores de las rentas más altas de éste país vio crecer su participación en la renta nacional del 2 % en 1978 a cerca del 6 % en 1999, mientras que la proporción entre la retribución media de los trabajadores y los sueldos percibidos por los altos directivos, pasó de mantener una proporción aproximada de 30 a 1 en 1970, a alcanzar una proporción de 500 a 1 en 2000 (figuras 1.3 y 1.4). Con toda probabilidad, gracias a las reformas fiscales

promovidas por el gobierno de Bush actualmente en marcha, la concentración de la renta y de la riqueza en los escalones más altos de la sociedad, seguirá su acelerado curso porque el impuesto de sucesiones (un impuesto sobre la riqueza) se está eliminando de manera gradual y la fiscalización sobre los ingresos provenientes de las inversiones y de las ganancias de capital se está disminuyendo, mientras se mantienen los impuestos sobre los sueldos y salarios

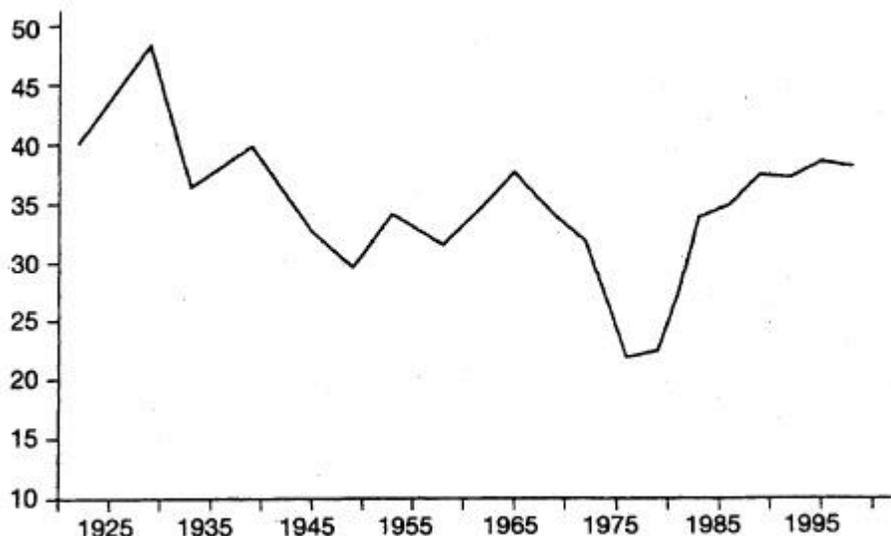


Figura 1.2. La crisis de la riqueza de la década de 1970: porcentaje de activos poseídos por el 1 % más rico de la población estadounidense, 1922-1998.

Estados Unidos no está solo en este proceso, ya que el 1 % superior de los perceptores de renta en Gran Bretaña ha doblado su porcentaje de la renta nacional del 6,5 al 13 % desde 1982. Y si lanzamos nuestra mirada más lejos, vemos extraordinarias concentraciones de riqueza y de poder emergiendo por todas partes. En Rusia, una pequeña y poderosa oligarquía alza su cabeza después de la «terapia» de choque que había sido administrada al país en la década de 1990. La aplicación en China de las prácticas orientadas al mercado libre, ha producido un extraordinario y repentino auge de las desigualdades en la renta y en la riqueza. La ola de privatización que azotó México después de 1992, catapultó casi de la noche a la mañana a un reducido número de individuos (como Carlos Slim) a la lista de Fortune de las personas más ricas del mundo. A escala global, «los países de Europa del Este y de la CEI han experimentado uno de los mayores incrementos que jamás se hayan registrado [...] en desigualdad social. Los países de la OCDE también sufrieron enormes incrementos de la desigualdad después de la década de 1980», mientras «la diferencia de

renta entre el 20 % de la población mundial, que vive en los países más ricos y el 20 % que vive en los más pobres, arrojaba una proporción de 74 a 1 en 1997, por encima del 60 a 1 en 1990 y del 30 a 1 en 1960». Aunque hay excepciones a esta tendencia (pues varios países del este y del sureste de Asia hasta el momento han mantenido las desigualdades en la renta dentro de límites razonables, como también ha ocurrido en Francia, (véase la figura 1.3), las evidencias indican contundentemente que el giro neoliberal se encuentra en cierto modo, y en cierta medida, ligado a la restauración o a la reconstrucción del poder de la satélites económicas.

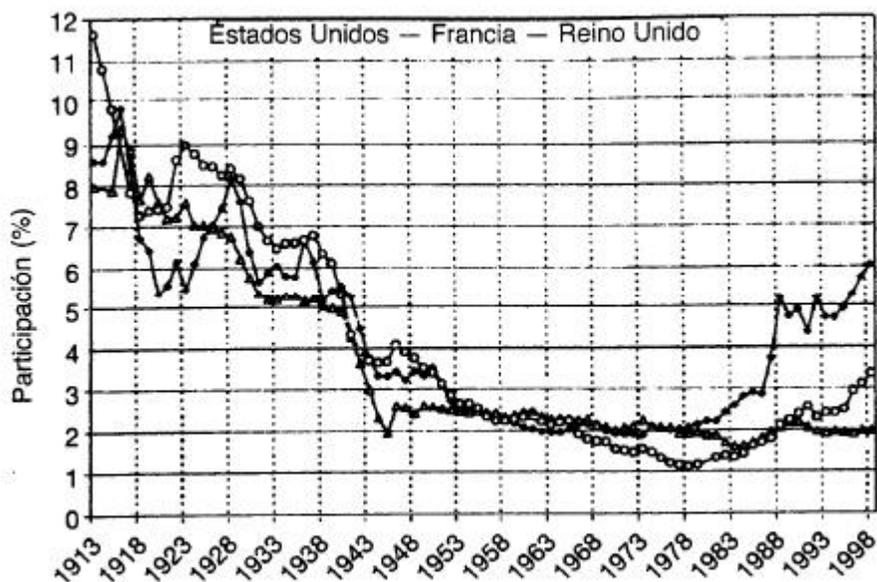
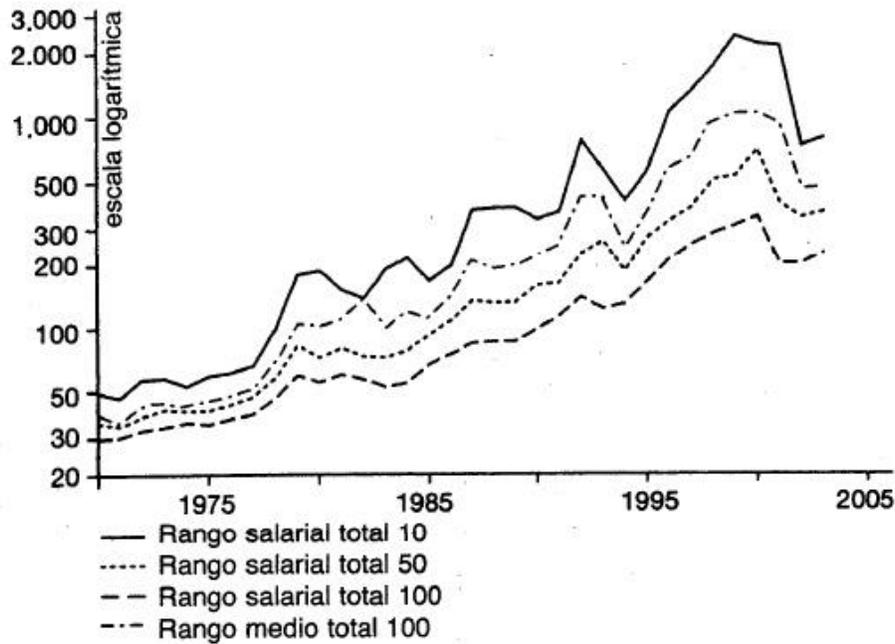


Figura 1.3: La restauración del poder de clase; participación en la renta nacional del 0,1 % más rico en estados Unidos, Reino Unido y Francia, 1913-1998. Fuente: Task Force on Inequality and American Democracy, American Democracy in an Age of Rising Inequality



Las primeras tres curvas muestran el ascenso del salario de los altos directivos de acuerdo con el lugar que ocupan en la jerarquía retributiva: décimo, quincuagésimo o centésimo. La otra curva (· — · —) corresponde a la retribución media de los 100 altos directivos que perciben las remuneraciones más elevadas. Obsérvese que 1.000 significa 1.000 veces el salario medio.

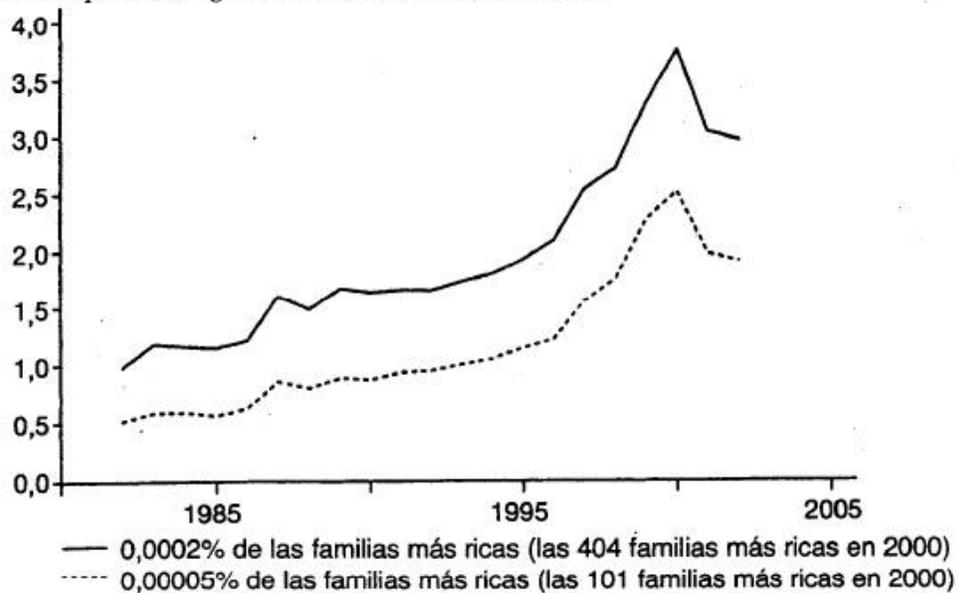


Figura 1.4: La concentración de riqueza y el potencial de obtención de ingresos en Estados Unidos: remuneración de los altos directivos en relación con el salario medio estadounidense, 1970-2003, y el porcentaje de la riqueza de las familias más ricas, 1982-2002.

Fuente: G. Duménil y D. Lévy, «Neoliberal Income Trends. Wealth, Class and Ownership in the USA», cit.

Por lo tanto, la neoliberalización puede ser interpretada bien como un proyecto *utópico* con la finalidad de realizar un diseño teórico para la reorganización del capitalismo internacional, o bien como un proyecto *político* para restablecer las condiciones para la acumulación del capital y restaurar el poder de las elites económicas. En las páginas que siguen, argumentaré que en la práctica el segundo de estos objetivos ha sido dominante. La neoliberalización no ha sido muy efectiva a la hora de revitalizar la acumulación global de capital pero ha logrado de manera muy satisfactoria restaurar o, en algunos casos (como en Rusia o en China), crear el poder de una elite económica. En mi opinión, el utopismo teórico del argumento neoliberal ha funcionado ante todo como un sistema de justificación y de legitimación de todo lo que fuera necesario hacer para alcanzar ese objetivo. La evidencia indica, además, que cuando los principios neoliberales chocan con la necesidad de restaurar o de sostener el poder de la elite, o bien son abandonados, o bien se tergiversan tanto que acaban siendo irreconocibles. Ésto no supone en absoluto negar el poder de las ideas para actuar como una fuerza de transformación histórico-geográfica. Pero, en efecto, apunta a una tensión creativa entre el poder de las ideas neoliberales y las prácticas reales de la neoliberalización que han transformado el modo en que el capitalismo global ha venido funcionando durante las últimas tres décadas.

El ascenso de la teoría neoliberal

El neoliberalismo en tanto que antídoto potencial para las amenazas al orden social capitalista y como solución a los males del capitalismo, había permanecido latente durante largo tiempo bajo las alas de la política pública. Un grupo reducido y exclusivo de apasionados defensores -principalmente economistas, historiadores y filósofos del mundo académico- se había aglutinado alrededor del renombrado filósofo político austriaco Friedrich von Hayek para crear la Mont Pelerin Society (su nombre proviene del balneario suizo donde se celebró la primera reunión del grupo) en 1947 (entre los notables del grupo se encontraban Ludwig von Mises, el economista Milton Friedman e incluso, durante un tiempo, el filósofo Karl Popper). La declaración fundacional de la sociedad decía lo siguiente:

Los valores centrales de la civilización están en peligro. Sobre grandes extensiones de la superficie del planeta las condiciones esenciales de la dignidad y de la libertad humana ya han desaparecido. En otras, están bajo constante amenaza ante el desarrollo de las tendencias políticas actuales. La posición de los individuos y los grupos de adscripción voluntaria se ve progresivamente socavada por extensiones de poder arbitrario. Hasta la más preciada posesión del hombre occidental, su libertad de pensamiento y de expresión, está amenazada por el despliegue de credos que, reclamando el privilegio de la tolerancia cuando están en situación de minoría, procuran solamente establecer una posición de poder desde la cual suprimir y obliterar todas las perspectivas que no sean la suya.

El grupo sostiene que estos desarrollos se han nutrido de la propagación de una visión de la historia que rechaza toda pauta moral absoluta y por el crecimiento de teorías que cuestionan la deseabilidad del imperio de la ley. Sostiene adicionalmente que se han visto estimulados por la declinación de la fe en la propiedad privada y en el mercado competitivo; por cuanto sin el poder difuso y la iniciativa asociados a estas instituciones, es difícil imaginar una sociedad en la cual la libertad pueda ser efectivamente preservada.

Los miembros del grupo se describían como “liberales” (en el sentido europeo tradicional) debido a su compromiso fundamental con los ideales de la libertad individual. La etiqueta neoliberal señalaba su adherencia a los principios de mercado libre acuñados por la economía neoclásica, que había emergido en la segunda mitad del siglo XIX (gracias al trabajo de Alfred Marshall, William Stanley Jevons, y Leon Walras) para desplazar las teorías clásicas de Adam Smith, David Ricardo y, por supuesto, Karl Marx. No obstante, también se atenían a la conclusión de Adam Smith de que la mano invisible del mercado era el mejor mecanismo para movilizar, incluso, los instintos más profundos del ser humano como la glotonería, la gula y el deseo de riqueza y de poder en pro del bien común. Así pues, la doctrina neoliberal se oponía profundamente a las teorías que defendían el intervencionismo estatal, como las de John Maynard Keynes, que ganaron preeminencia en la década de 1930 en respuesta a la Gran Depresión. Después de la Segunda Guerra Mundial, muchos de los responsables políticos miraron hacia el faro de la teoría keynesiana en su búsqueda de fórmulas para mantener bajo control el ciclo económico y las recesiones. Los neoliberales se oponían aún más fieramente a las teorías en torno a la planificación estatal centralizada, como las propuestas por Oscar Lange, cuya obra se aproximaba a la tradición marxista. Las decisiones estatales, argüían, estaban condenadas a estar sesgadas políticamente en función de la fuerza de los grupos de interés implicados en cada ocasión (como podían ser los sindicatos, las organizaciones ecologistas, o los grupos de presión empresariales). Las decisiones estatales en materia de inversión y de acumulación de capital siempre habrían de ser erróneas porque la información disponible para el Estado no podía rivalizar con la contenida en las señales del mercado.

Este marco teórico no es, tal y como varios analistas han señalado, enteramente coherente.

El rigor científico de su economía neoclásica no encaja fácilmente con su compromiso político con los ideales de la libertad individual, al igual que su supuesta desconfianza hacia todo poder estatal tampoco encaja con la necesidad de un Estado fuerte y si es necesario coactivo que defienda los derechos de la propiedad privada y las libertades individuales y empresariales. La ficción jurídica de definir a las corporaciones como individuos ante la ley introduce sus propios prejuicios, haciendo parecer irónico el credo personal de John D. Rockefeller que se encuentra grabado en piedra en el Rockefeller Center en Nueva York y que afirma que él coloca “el valor supremo del individuo” por encima de todo lo demás. Y, tal y como veremos, hay suficientes contradicciones en la postura neoliberal como para tornar las prácticas mutantes del neoliberalismo (frente a cuestiones como el poder monopólico y los fallos del mercado) irreconocibles en relación a la aparente pureza de la doctrina neoliberal. Por lo tanto, debemos prestar una cuidadosa atención a la tensión entre la teoría del neoliberalismo y la pragmática actual de la neoliberalización.

Hayek, autor de textos cruciales como *The Constitution of Liberty*, revelaba poseer unas grandes dotes adivinatorias al afirmar que la batalla por las ideas era determinante que posiblemente llevaría al menos una generación ganarla, no sólo contra el marxismo sino también contra el socialismo, la planificación estatal y el intervencionismo keynesiano. El grupo de Mont Pelerin recabó apoyos financieros y políticos. En Estados Unidos, en particular, un poderoso grupo de individuos ricos y de líderes empresariales rabiosamente contrarios a todas las formas de intervención y desregulación estatal existentes, incluso al internacionalismo, pretendía organizar la oposición a lo que percibían como un emergente consenso para lograr una economía mixta. Temerosos de que la alianza con la Unión Soviética y la economía dirigida forjada en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial pudiera materializarse políticamente en un escenario posbélico, estaban dispuestos a abrazar cualquier cosa, desde el macartismo hasta los *think-thanks* neoliberales, para proteger y reforzar su poder. No obstante, este movimiento permaneció en los márgenes de la influencia tanto política como académica hasta los turbulentos años de la década de 1970. En ese momento, comenzó a adquirir protagonismo, particularmente en Estados Unidos y Gran Bretaña, con la ayuda de varios *think-thanks* generosamente financiados (ramificaciones de la Mont Pelerin Society, como el Institute of Economic Affairs en Londres y la Heritage Foundation en Washington) así como también, a través de su creciente influencia dentro de la academia, en particular en la Universidad de Chicago, donde dominaba Milton Friedman. La teoría neoliberal ganó respetabilidad académica gracias a la concesión del Premio Nóbel de Economía a Hayek en 1974 y a Friedman en 1976. Este particular premio, aunque asumió el aura del Nóbel, no tenía nada que ver con los otros premios y fue concedido bajo el férreo control de la elite bancaria sueca. La teoría neoliberal, especialmente en su guisa monetarista, comenzó a ejercer una influencia práctica en una variedad de campos políticos. Durante la presidencia de Carter, por ejemplo, la desregulación de la economía emergió como una de las respuestas al estado de estanflación crónica que había prevalecido en Estados Unidos durante toda la década de 1970. Pero la espectacular consolidación del neoliberalismo como una nueva ortodoxia económica reguladora de la política pública a nivel estatal en el mundo del capitalismo avanzado, se produjo en Estados Unidos y en Gran Bretaña en 1979.

En mayo de aquél año, Margaret Thatcher fue elegida en Gran Bretaña con el firme compromiso de reformar la economía. Bajo la influencia de Keith Joseph, un publicista y polemista muy activo y comprometido que poseía conexiones muy influyentes con el neoliberal Institute of Economic Affairs, aceptó que el keynesianismo debía ser abandonado y que las soluciones monetaristas de las doctrinas “dirigidas a actuar sobre la oferta” eran esenciales para remediar la estanflación que había caracterizado la economía británica durante la década de 1970. Thatcher se dio cuenta de que estas medidas suponían nada menos que una revolución en las políticas fiscales y sociales, y de manera inmediata mostró una feroz determinación para acabar con las instituciones y los canales políticos del Estado socialdemócrata que se había consolidado en Gran Bretaña después de 1945. Ésto implicó enfrentarse al poder de los sindicatos, atacar todas las formas de solidaridad social que estorbaban a la flexibilidad competitiva (como las expresadas a través de la forma de

gobierno municipal, y también al poder de muchos profesionales y de sus asociaciones), dismantelar o revertir los compromisos del Estado de bienestar, privatizar las empresas públicas (entre ellas, la vivienda social), reducir los impuestos, incentivar la iniciativa empresarial y crear un clima favorable a los negocios, para inducir una gran afluencia de inversión extranjera (en concreto, proveniente de Japón). En una famosa declaración, Thatcher afirmó que no había «eso que se llama sociedad, sino únicamente hombres y mujeres individuales»; seguidamente ella añadió, y sus familias. Todas las formas de solidaridad social iban a ser disueltas en favor del individualismo, la propiedad privada, la responsabilidad personal y los valores familiares. El asalto ideológico alrededor de estas hebras que atravesaban la retórica de Thatcher fue incesante. «La economía es el método», señaló, «pero el objetivo es cambiar el alma». Y la hizo cambiar, aunque de formas que en ningún caso fueron exhaustivas ni acabadas, y mucho menos carente de costes políticos.

En octubre de 1979, el presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos durante el mandato del presidente Carter, Paul Volcker, maquinó una transformación de la política monetaria estadounidense. El antiguo compromiso del Estado liberal demócrata estadounidense con los principios del New Deal, que en términos generales implicaba políticas fiscales y monetarias keynesianas que tenían el pleno empleo como objetivo primordial, fue abandonado para ceder el paso a una política concebida para sofocar la inflación con independencia de las consecuencias que pudiera tener sobre el empleo. El tipo de interés real, que a menudo había sido negativo durante la cresta inflacionaria de dos dígitos de la década de 1970, se tornó positivo por orden de la Reserva Federal (figura 1.5). El tipo de interés nominal subió de un día para otro y, tras oscilaciones benignas, en julio de 1981 se mantuvo en torno al 20 %. De este modo, comenzó «una larga y profunda recesión que vaciaría las fábricas y resquebrajaría los sindicatos en Estados Unidos y llevaría al borde de la insolvencia a los países deudores, iniciándose la larga era del ajuste estructural. En opinión de Volcker, ésta era la única salida a la incómoda crisis de estanflación que había caracterizado a Estados Unidos y a gran parte de la economía global a lo largo de toda la década de 1970.

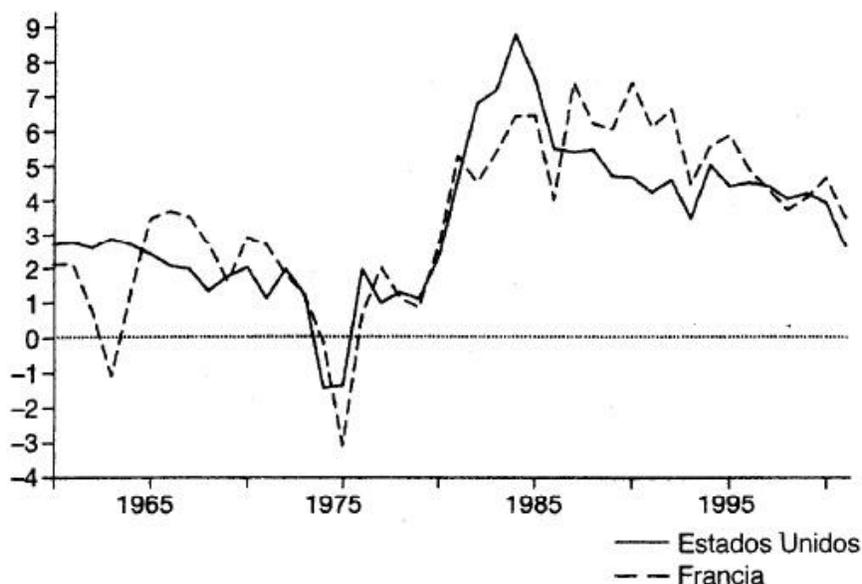


Figura 1.5. El «shock de Volcker»: movimientos en los tipos de interés reales en Estados Unidos y en Francia, 1960-2001.

Fuente: G. Duménil y D. Lévy, *Capital Resurgent. Roots of the Neoliberal Revolution*, cit.

El shock de Volcker, tal y como vino a denominarse desde entonces, ha de ser interpretado como una condición necesaria pero no suficiente de la neoliberalización. Algunos bancos centrales habían hecho hincapié desde hacía largo tiempo en la responsabilidad fiscal antiinflacionaria, y habían adoptado políticas más próximas al monetarismo que a la ortodoxia keynesiana. En el caso de Alemania Occidental Ésto se derivaba del recuerdo histórico de la hiperinflación que había destruido la República de Weimar en la década de 1920 (disponiendo el escenario para el ascenso del fascismo) y de la igualmente peligrosa inflación que se registró al final de la Segunda Guerra Mundial. El FMI se había posicionado desde hacía mucho tiempo en contra del endeudamiento excesivo y urgía, cuando no ordenaba, a los Estados clientes, a ejecutar políticas de restricción fiscal y de austeridad presupuestaria. Pero en todos estos casos este monetarismo era simultáneo a la aceptación de un fuerte poder sindical y del compromiso político con la construcción del Estado de bienestar. El giro hacia el neoliberalismo dependía, por lo tanto, no sólo de la adopción del monetarismo sino del despliegue de políticas gubernamentales en muchas otras áreas.

La victoria de Ronald Reagan sobre Carter en 1980 se reveló crucial, si bien Carter se había desplazado de manera inquietante hacia la desregulación (de las líneas aéreas y del transporte por carretera) como una solución parcial a la crisis de estanflación. Los consejeros de Reagan estaban convencidos de que la «medicina» monetarista de Volcker para una economía enferma y estancada, era un tiro directo al blanco. Volcker recibió el apoyo del nuevo gobierno y fue renovado en su cargo como presidente de la Reserva Federal. La Administración de Reagan proporcionó entonces el indispensable apoyo

político mediante una mayor desregulación, la rebaja de los impuestos, los recortes presupuestarios y el ataque contra el poder de los sindicatos y de los profesionales. Reagan se mostró implacable y contundente con la Organización de Controladores Profesionales del Tráfico Aéreo (PATCO) en la prolongada y amarga huelga que protagonizaron en 1981. Esta actitud anunciaba el asalto en toda regla a los derechos de la fuerza de trabajo organizada en el preciso momento en el que la recesión inducida por Volcker estaba generando elevados niveles de desempleo (10 % o más). Pero PATCO era más que un vulgar sindicato ya que, en efecto, se trataba de un sindicato de cuello blanco con el carácter de asociación de profesionales cualificados. Por lo tanto, era más un icono de la clase media que del sindicalismo obrero. El impacto sobre la condición de la fuerza de trabajo en general fue espectacular; quizá el mejor ejemplo de la nueva situación lo condensa el hecho de que el salario mínimo federal, que se mantenía parejo con el nivel de pobreza en 1980, había caído un 30 % por debajo de ese nivel en 1990. El prolongado descenso en los niveles del salario real comenzó entonces en serio

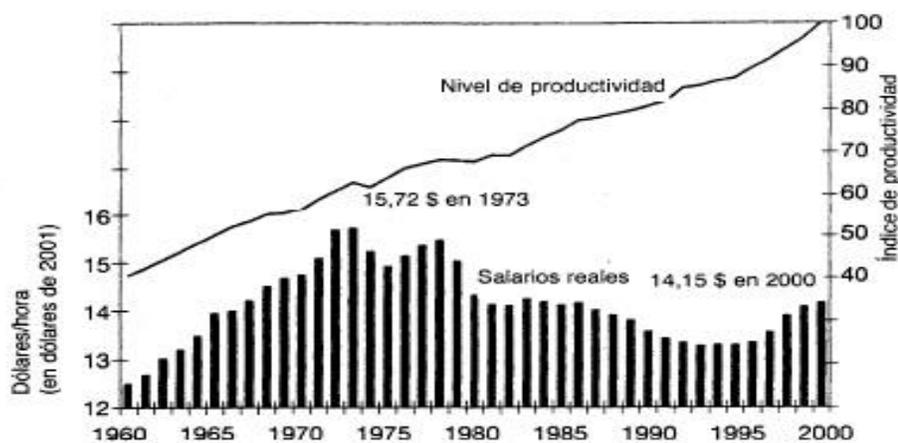


Figura 1.6: El ataque a la fuerza de trabajo: salarios reales y productividad en Estados Unidos, 1960-2000.

Fuente: R. Pollin, *The Contours of Descent*, cit.

Los nombramientos efectuados por Reagan para ocupar los cargos de poder en materias relativas a la regulación del medioambiente, la seguridad laboral o la salud, llevaron la ofensiva contra el gran gobierno a niveles nunca antes alcanzados. La política de desregulación de todas las áreas, desde las líneas aéreas hasta las telecomunicaciones y las finanzas, abrió nuevas zonas de libertad de mercado sin trabas a fuertes intereses corporativos. Las exenciones fiscales a la inversión fueron, de hecho, un modo de subvencionar la salida del capital del nordeste y del medio oeste del país, con altos índices de afiliación sindical, y su desplazamiento hacia la zona poco sindicalizada y con una débil regulación del sur y el oeste. El capital financiero buscó cada vez más en el extranjero mayores tasas de beneficio. La desindustrialización interna y las deslocalizaciones de la producción al extranjero, se hicieron mucho más frecuentes. El mercado, representado en términos ideológicos como un medio para fomentar la competencia y la innovación, se convirtió en un vehículo para la consolidación del poder monopolista. Los impuestos sobre

las empresas se aminoraron de manera espectacular y el tipo impositivo máximo para las personas físicas se redujo del 70 al 28 % en lo que fue descrito como «el mayor recorte de los impuestos de la historia» (figura 1.7).

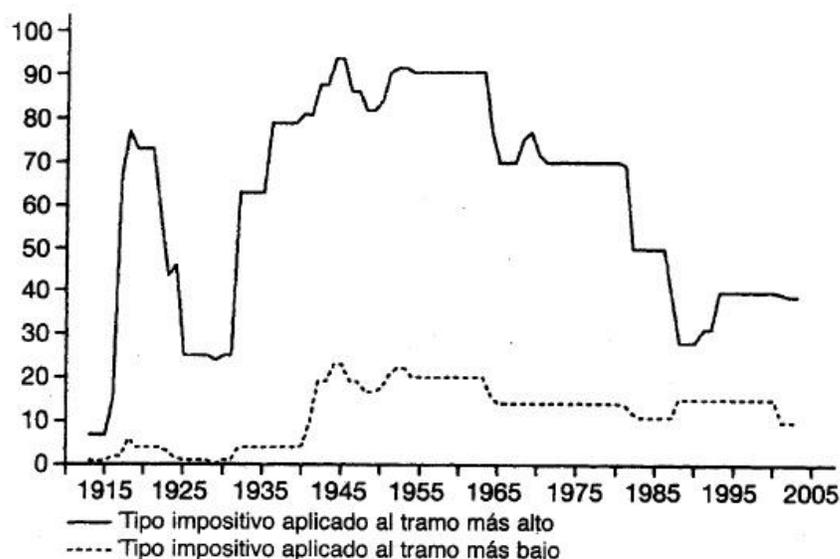


Figura 1.7: La revuelta impositiva de las clases altas: tipo a impositivos en Estados Unidos para el tramo más alto y para el tramo más bajo.

Fuente: G. Duménil y D. Lévy, «Neoliberal Income Trends. Wealth, Class and Ownership in the USA», cit.

Y así fue como comenzó el cambio trascendental hacia una mayor desigualdad social y hacia la restitución del poder económico a las clases altas. Sin embargo, acaeció otro cambio concomitante que también impelió el movimiento hacia la neoliberalización durante la década de 1970. La subida del precio del petróleo de la OPEP que sucedió a su embargo en 1973, otorgó un enorme poder financiero a los Estados productores de petróleo, como Arabia Saudita, Kuwait y Abu Dhabi. Gracias a los informes de los servicios de inteligencia

británicos, ahora sabemos que Estados Unidos estuvo preparando activamente la invasión de esos países en 1973 en aras a restaurar el flujo de petróleo y provocar una caída de los precios. Igualmente, sabemos que en aquellos momentos los saudíes aceptaron, presumiblemente bajo presión militar sino a consecuencia de una abierta amenaza por parte de Estados Unidos, reciclar todos sus petrodólares a través de los bancos de inversión de Nueva York. Estos últimos se encontraron de pronto al mando de una cantidad ingente de fondos para los que necesitaban encontrar salidas rentables. Las opciones dentro de Estados Unidos, dadas las condiciones de depresión económica y las bajas tasas de beneficio que se registraban mediados de la década de 1970, no eran halagüeñas. Las oportunidades más ventajosas debían buscarse en el exterior. Los gobiernos se presentaban como la apuesta más segura porque, tal y como Walter Wriston, presidente de Citibank, lo expresó en su ya famosa declaración, los gobiernos no pueden trasladarse o desaparecer. Y muchos gobiernos del mundo en vías de desarrollo, hasta entonces escasos de fondos, tenían la suficiente avidez como para endeudarse. Sin embargo, para poder llegar a éste, se precisaba una entrada abierta y condiciones razonablemente seguras para los préstamos. Los bancos de inversión de Nueva York giraron la mirada hacia la tradición imperial estadounidense tanto para acceder coactivamente a nuevas oportunidades de inversión, como para proteger sus operaciones en el extranjero. La tradición imperial estadounidense había experimentado una lenta elaboración, y en buena medida se había definido a sí misma en oposición a las tradiciones imperiales británicas, francesas, holandesas así como de otras potencias europeas. Aunque Estados Unidos había jugueteado con la conquista colonial a finales del siglo XIX, había evolucionado hacia un sistema más abierto de imperialismo sin colonias durante el siglo XX. El caso paradigmático se ensayó en Nicaragua en las décadas de 1920 y 1930, cuando los marines estadounidenses fueron desplegados para proteger los intereses de su país, pero se encontraron embrollados en una lenta y complicada guerra de guerrillas contra la insurgencia liderada por Sandino. La respuesta era encontrar un hombre fuerte-en este caso Somoza- y proporcionarle tanto a él como a su familia y a sus aliados inmediatos, la asistencia económica y militar necesaria para poder reprimir o sobornar a la oposición y para acumular suficiente riqueza y poder para ellos mismos. A cambio, siempre mantendrían su país abierto a las operaciones del capital estadounidense y apoyarían, y de ser necesario promoverían, los intereses estadounidenses tanto en el país como en la región en su conjunto (en el caso nicaragüense, en América Central). Este fue el modelo desplegado después de la Segunda Guerra Mundial durante la etapa de descolonización total impuesta a las potencias europeas ante la insistencia de Estados Unidos. Por ejemplo, la CIA urdió el golpe que derrocó al gobierno democráticamente elegido de Mossaddeq en Irán en 1953 y entregó el poder al Sha de Irán quien concedió los contratos sobre el petróleo a las compañías estadounidenses (y no devolvió los activos a las compañías británicas que Mossaddeq había nacionalizado). El Sha también se convirtió en uno de los guardianes fundamentales de los intereses estadounidenses en la región petrolífera de Oriente Próximo.

En el periodo posbélico, gran parte del mundo no comunista se abrió al dominio estadounidense mediante tácticas de este tipo. Éste se convirtió en el método preferido para repeler la amenaza de las insurgencias y de la revolución comunista, que implicaba desplegar una estrategia antidemocrática (e incluso más enérgicamente anti populista y

antisocialista /comunista) por parte de Estados Unidos, que estrechó cada vez más su alianza con las dictaduras militares y con los regímenes autoritarios represivos (de manera más espectacular, desde luego, por toda América Latina). Las historias que aparecen contadas en *Confessions of an Economic Hit Man*, están sembradas de los detalles desagradables y repulsivos de cómo se llevó a cabo todo ésto en demasiadas ocasiones. Por lo tanto, los intereses estadounidenses se tornaron más vulnerables, en lugar de menos, en la lucha contra el comunismo internacional. Aunque el consentimiento de las élites dominantes era bastante fácil de conseguir, la necesidad de coaccionar a los movimientos opositores o socialdemócratas (como el de Allende en Chile) ligó a Estados Unidos a una dilatada historia de violencia ampliamente encubierta contra los movimientos populares a lo largo y ancho de gran parte del mundo en vías de desarrollo. Éste fue el contexto en el que los fondos excedentes que estaban siendo reciclados a través de los bancos de inversión de Nueva York, fueron esparcidos por todo el globo. Con anterioridad a 1973, la mayor parte de la inversión extranjera de Estados Unidos era de tipo directo y principalmente se encontraba relacionada con la explotación de recursos naturales (petróleo, minerales, materias primas, productos agrícolas) o con el cultivo de mercados específicos (telecomunicaciones, automóviles, etc.) en Europa y en América Latina. Los bancos de inversión de Nueva York siempre habían mantenido un elevado nivel de actividad en el plano internacional, pero después de 1973 esta actividad se intensificó notablemente, aunque ahora estaba mucho más centrada en el préstamo de capital a gobiernos extranjeros. Ésto precisaba la liberalización del crédito internacional y de los mercados financieros, y el gobierno estadounidense comenzó a promover y a apoyar activamente esta estrategia a escala global durante la década de 1970. Los países en vías de desarrollo, sedientos de financiación, fueron estimulados a solicitar créditos en abundancia, aunque a tipos que fueran ventajosos para los bancos de Nueva York. Sin embargo, dado que los créditos estaban fijados en dólares estadounidenses, cualquier ascenso moderado, no digamos precipitado, del tipo de interés estadounidense, podía fácilmente conducir a una situación de impago a los países vulnerables. Los bancos de inversión de Nueva York se verían entonces expuestos a sufrir graves pérdidas. El primer precedente de envergadura se produjo al calor del *shock* de Volcker, que llevó a México al impago de su deuda entre los años 1982 y 1984. La Administración de Reagan, que había sopesado seriamente retirar su apoyo al FMI en su primer año de mandato, encontró en la refinanciación de la deuda una forma de unir el poder del Departamento del Tesoro estadounidense y del FMI para resolver la dificultad, dado que tal operación se efectuaba a cambio de exigir la aplicación de reformas neoliberales. Esta fórmula se convirtió en un protocolo de compartimiento después de que tuviera lugar lo que Stiglitz denominó la «purga» de todas las influencias keynesianas que pudieran existir en el FMI en 1982. El FMI y el Banco Mundial se convirtieron a partir de entonces, en centros para la propagación y la ejecución del «fundamentalismo del libre mercado» y de la ortodoxia neoliberal. A cambio de la reprogramación de la deuda, a los países endeudados se les exigía implementar reformas institucionales, como recortar el gasto social, crear legislaciones más flexibles del mercado de trabajo y optar por la privatización. Y he aquí la invención de los «ajustes estructurales». México fue uno de los primeros Estados que cayó en las redes de lo que iba convertirse en una creciente columna de aparatos estatales neoliberales repartidos por todo el mundo. No obstante, el caso de México sirvió para demostrar una diferencia crucial entre la práctica liberal y la neoliberal, ya que bajo la primera, los prestamistas asumen las pérdidas que se derivan de decisiones de inversión equivocadas mientras que, en la segunda, los prestatarios

son obligados por poderes internacionales y por potencias estatales a asumir el coste del reembolso de la deuda sin importar las consecuencias que ésto pueda tener para el sustento y el bienestar de la población local. Si esto exige la entrega de activos a precio de saldo a compañías extranjeras, que así sea. Ésto, en verdad, no es coherente con la teoría neoliberal. Tal y como muestran Duménil y Lévy, uno de los efectos de esta medida fue permitir a los propietarios de capital estadounidenses extraer elevadas tasas de beneficio del resto del mundo durante la década de 1980 y 1990 (figuras 1.8 y 1.9) Los excedentes extraídos del resto del mundo a través de los flujos internacionales y de las prácticas de ajuste estructural contribuyeron enormemente a la restauración del poder de la elite económica o de las clases altas, tanto en Estados Unidos como en otros centros de los países del capitalismo avanzado.

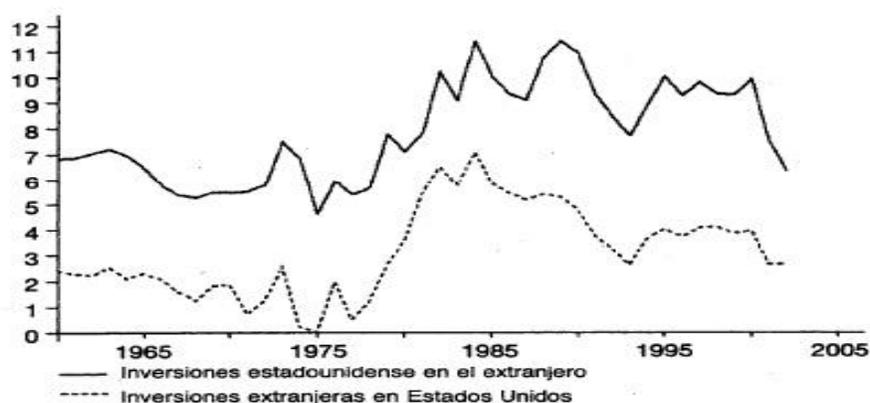


Figura 1.8: Extracción de excedentes del exterior: tasas de beneficio de las inversiones domésticas y en el extranjero en Estados Unidos, 1960-2000.

Fuente: G. Duménil y D. Lévy, «The Economics of US Imperialism at the Turn of the 21st Century», cit.

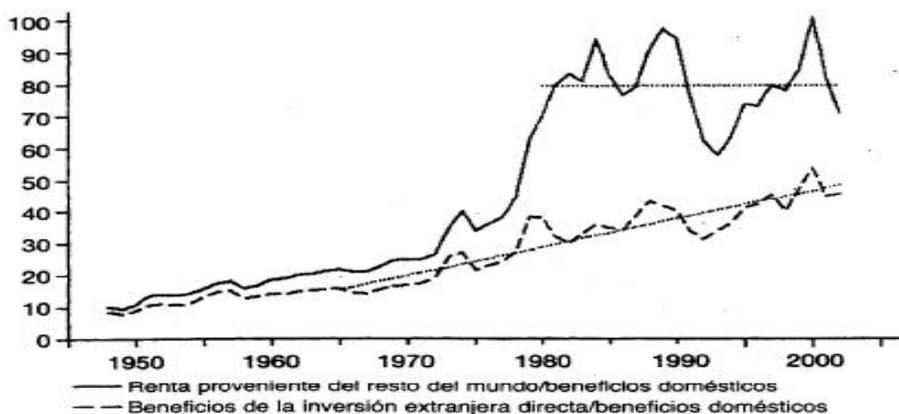


Figura 1.9: El flujo de tributo hacia Estados Unidos: beneficios y renta del capital provenientes del resto del mundo en relación con los beneficios domésticos.

Fuente: G. Duménil y D. Lévy, «Neoliberal Dynamics. Towards A New Phase?», cit.

¿Pero a qué nos estamos refiriendo exactamente con el término «clase»? Se trata siempre de un concepto algo impreciso (algunos dirían que sospechoso incluso). En todo caso, la neoliberalización ha implicado su redefinición. Ésto plantea un problema. Si la neoliberalización ha sido un vehículo para la restauración del poder de clase, entonces, deberíamos ser capaces de identificar las fuerzas de clase que yacen detrás de la misma las que se han beneficiado de ella. Pero ésto es difícil de hacer cuando «la clase» no es una configuración social estable. En algunos casos, las capas «tradicionales» se las han arreglado para aferrarse a una base de poder sólida (a menudo organizada a través de la familia y el parentesco). Pero, en otras ocasiones, la neoliberalización ha venido acompañada de una reconfiguración de lo que constituye la clase alta. Margaret Thatcher, por ejemplo, atacó algunas de las formas de poder de clase arraigadas en Gran Bretaña. Ella desobedeció a la tradición aristocrática que dominaba el ejército, la judicatura y la elite financiera de la City de Londres y de muchos sectores de la industria se alineó con los empresarios pomposos y con los nuevos ricos. Apoyó, y por regla general recibió el apoyo, de esta nueva clase de empresarios (como Richard Branson, Lord Hanson y George Soros). El ala tradicional de su propio partido conservador estaba horrorizada. En Estados Unidos, a su vez, el poder y la relevancia crecientes de los financieros y de los altos directivos de las grandes corporaciones, así como el gran estallido de actividad en sectores completamente nuevos (como la informática) cambió el centro del poder económico de la clase alta de manera significativa. Aunque la neoliberalización pueda haberse referido a la restauración del poder de clase, no necesariamente ha significado la restauración del poder económico a las mismas personas. Sin embargo, tal y como ilustran los casos opuestos de Estados Unidos y de Gran Bretaña, el término «clase» significa cosas distintas en lugares distintos y, en ciertas ocasiones –por ejemplo, en Estados Unidos–, a menudo se afirma que no significa nada en absoluto. Por añadidura, ha habido fuertes corrientes de diferenciación en términos de deformación y reformación de la identidad de clase en diversas partes del mundo. En Indonesia, en Malasia, y en Filipinas, por ejemplo, el poder económico llegó a estar fuertemente concentrado en un reducido grupo perteneciente a la minoría étnica china del país, y el modo en que se produjo la adquisición de ese poder económico fue bastante distinto a cómo se produjo en Australia o en Estados Unidos (estaba sumamente centrada en actividades comerciales y comportó un acaparamiento de los mercados). Y el ascenso de los siete oligarcas en Rusia, derivaba de la configuración absolutamente única de las circunstancias concurrentes en el período posterior a la caída de la Unión Soviética.

No obstante, es posible identificar algunas tendencias generales. La primera se refiere a los privilegios derivados de la propiedad y la gestión de las empresas capitalistas - tradicionalmente separadas- para fusionarse mediante el pago a los altos directivos(gestores) con *stock options*, ésto es, con derechos de compra sobre acciones de la compañía (títulos de propiedad). De este modo, el valor de las acciones y no el de la producción, se convierte en la luz trazadora de la actividad económica y, tal y como se hizo visible con la caída de compañías como Enron, las tentaciones especuladoras que resultan de ésto pueden convertirse en demoledoras. La segunda tendencia ha sido reducir de manera drástica la laguna histórica entre los intereses y los dividendos generadores de capital monetario, por un lado, y la producción, la industria o el capital mercantil dependiente de la producción de beneficios, por otro. En el pasado, esta separación ha

producido varias veces conflictos entre los financieros, los productores y los comerciantes. Por ejemplo, en Gran Bretaña, la política del gobierno en la década de 1960 estaba en primer lugar al servicio de las necesidades de los financieros de la City de Londres, a menudo en detrimento de la industria doméstica, en Estados Unidos durante la misma década, los conflictos entre los financieros y las corporaciones industriales afloraron con frecuencia a la superficie. A lo largo de la década de 1970 gran parte de este conflicto o bien desapareció o bien adoptó nuevas formas. Las grandes corporaciones cobraron una orientación cada vez más financiera aunque, tal y como ocurrió en el sector automovilístico, estuvieran insertas en la producción. Desde 1980 aproximadamente, ha sido habitual que las corporaciones dieran cuenta de pérdidas en la producción compensadas mediante las ganancias obtenidas mediante operaciones financieras (de todo tipo, desde operaciones de crédito y de seguro hasta la especulación en mercados de futuros y de divisas inestables). Las fusiones realizadas a través de los diversos sectores de la economía unificaron la producción, la comercialización, los activos inmobiliarios, y los intereses financieros en formas nuevas que originaron conglomerados empresariales diversificados. Cuando US Steel cambió su nombre a USX (adquiriendo una fuerte participación en el sector de los seguros) el presidente de su consejo de administración, James Roderick, contestó a la pregunta “¿Qué significa la X?”, con la sencilla respuesta de que “X representa dinero”. Todo ésto estaba conectado con el fuerte estallido de actividad y de poder dentro del mundo de las finanzas. Progresivamente liberada de los constreñimientos y de las barreras normativas que hasta entonces habían restringido su campo de actuación, la actividad financiera pudo florecer como nunca antes y, finalmente, en todas partes. Se produjo una ola de innovaciones en los servicios financieros para producir no sólo interconexiones globales mucho más sofisticadas, sino también nuevas formas de mercados financieros basados en la titularización, instrumentos financieros derivados y en toda una gran variedad de operaciones comerciales con futuro. En definitiva, la neoliberalización ha significado la financiarización de todo. Ésto intensificó el dominio de las finanzas sobre todas las restantes facetas de la economía, así como sobre el aparato estatal y, tal y como observa Randy Martin, sobre la vida cotidiana. También introdujo una volatilidad acelerada en las relaciones de intercambio global. Indudablemente, se produjo un desplazamiento del poder desde la producción hacia el mundo de las finanzas. Los incrementos en la capacidad industrial ya no significan necesariamente un ascenso de la renta per cápita, como sí lo significaba la concentración de los servicios financieros. Por esta razón, el apoyo de las instituciones financieras y la integridad del sistema financiero, se convirtieron en la preocupación primordial del conjunto de Estados neoliberales (como se ejemplifica en el grupo en el que se integran los países más ricos del mundo, conocido como el G7). En caso de conflicto entre Main Street y Wall Street, la segunda tendría todas las de ganar. Así pues surge la posibilidad real de que a Wall Street le vaya bien, aunque al resto de Estados Unidos (así como el resto del mundo) le vaya mal. Y durante muchos años, en particular durante la década de 1990, ésto es exactamente lo que sucedió. Si el eslogan coreado con frecuencia durante la década de 1960 había sido “*lo que es bueno para General Motors es bueno para Estados Unidos*”, en la de 1990 éste se había transformado en que “*lo único que importa es que sea bueno para Wall Street*”. Por lo tanto, un notable foco del ascenso del poder de clase bajo el neoliberalismo, debe atribuirse a los altos directivos que son los operadores decisivos en los consejos de administración de las empresas, y a los jefes del aparato financiero, legal y técnico que rodea este santuario de acceso restringido de la actividad capitalista. Sin embargo, el poder de los auténticos dueños del capital, los

accionistas, se ha visto en cierto modo menguado, salvo que obtengan un porcentaje de votos suficientemente alto como para influir en la política de la empresa. En más de una ocasión, los accionistas han perdido inmensas sumas de dinero a causa de estafas cometidas por los altos directivos y sus asesores financieros. Las ganancias especulativas también han hecho posible amasar enormes fortunas en periodos muy breves de tiempo (ejemplo de ello son Warren Buffett y George Soros).

Pero sería equivocado reducir el concepto de clase alta a este grupo únicamente. La apertura de nuevas oportunidades empresariales, así como también las nuevas estructuras existentes en las relaciones comerciales, han permitido la emergencia de procesos sustancialmente nuevos de formación de clase. Se amasaron fortunas de la noche a la mañana en sectores nuevos de la economía, como la biotecnología y las tecnologías de la información (por ejemplo, Bill Gates y Paul Allen). Las nuevas relaciones de mercado abrieron un sinfín de posibilidades de comprar barato y vender caro, cuando no de acaparar realmente mercados de forma que pudieron levantarse fortunas que o bien pueden extenderse de manera horizontal (como en el caso del crecimiento desbordante del imperio mediático global de Rupert Murdoch) o encontrarse diversificadas en todo tipo de negocios, extendiéndose hacia atrás en la extracción de recursos y en la producción, y hacia delante desde una base comercial hacia los servicios financieros, el desarrollo de bienes raíces y el comercio minorista. En este sentido, con frecuencia ocurría que una relación privilegiada con el poder estatal también jugaba un papel crucial. Por ejemplo, en Indonesia los dos hombres de negocios más cercanos a Suharto nutrieron los intereses financieros de la familia Suharto, pero también engordaron sus conexiones con el aparato estatal para hacerse enormemente ricos. En 1997, la compañía de uno de ellos denominada Grupo Salim, era «al parecer el mayor grupo de empresas propiedad de la diáspora china del mundo, con 20.000 millones de dólares en activos y cerca de 500 compañías». A partir de una compañía de inversiones relativamente pequeña, Carlos Salim acabó asumiendo el control del sistema de telecomunicaciones que acababa de ser privatizado en México y rápidamente lo transformó en un imperio empresarial que no sólo controla una buena parte de la economía mexicana, sino que también cuenta con crecientes intereses en el mercado minorista estadounidense (Circuit City y Barnes and Noble) así como en toda América Latina. En Estados Unidos, la familia Walton se ha hecho inmensamente rica al hilo de la conquista por Wal-Mart de la posición dominante en el mercado minorista estadounidense, gracias a su integración en las líneas de producción chinas y a su red de distribución al por menor de alcance mundial. Aunque existen conexiones evidentes entre este tipo de actividades y el mundo financiero, su increíble capacidad no sólo para amasar grandes fortunas personales sino también para ejercer un control efectivo sobre amplios segmentos de la economía, confiere a este puñado de individuos un inmenso poder económico para influir en el proceso político. Hay algo prodigioso en el hecho de que el valor neto de las fortunas de las 358 personas más ricas del mundo en 1996, fuera «igual al conjunto de la renta del 45 % más pobre de la población mundial; es decir, de 2.300 millones de personas». Y lo que es más grave, «las 200 personas más ricas del mundo duplicaron sobradamente su patrimonio neto entre 1994 y 1998, superando el billón de dólares. Los activos de los tres multimillonarios más ricos (superaban por entonces) la suma del PIB de los países menos desarrollados y de sus 600 millones de habitantes» objeto de un amplio debate, de si esta nueva configuración de clase debe ser considerada transnacional o bien si todavía puede ser concebida como algo basado exclusivamente dentro de los parámetros del

Estado-nación. Expondré mi propia posición al respecto. La tesis de que la clase dominante de cualquier país ha confinado sus operaciones y definido sus lealtades con relación a un único Estado-nación, ha sido en gran medida históricamente exagerada. Nunca tuvo mucho sentido hablar de una clase capitalista específicamente estadounidense frente a una clase capitalista británica, francesa, alemana o coreana. Los lazos internacionales siempre fueron importantes, particularmente a través de las actividades coloniales y neocoloniales, pero también a través de vínculos transnacionales que se remontan al siglo XIX, si no antes. Pero indudablemente ha habido una intensificación así como también una extensión de estas conexiones transnacionales durante la fase de globalización neoliberal, y resulta vital reconocer esta múltiple conectividad. No obstante, ésto no significa que los individuos más destacados de esta clase no se adscriban a aparatos estatales específicos tanto por las ventajas como por la protección que ésto les otorga. Dónde se adscriben específicamente es importante, pero ello no es más estable que la actividad capitalista que desarrollan. Rupert Murdoch pudo empezar en Australia para después concentrarse en Gran Bretaña antes de asumir finalmente la ciudadanía estadounidense (sin duda, mediante un procedimiento abreviado). Él no está fuera, ni por encima, de poderes estatales concretos, pero por la misma razón, gracias a sus intereses mediáticos, ejerce una considerable influencia en la vida política tanto de Gran Bretaña como de Estados Unidos y de Australia. Los editores supuestamente independientes de los periódicos que posee por todo el mundo apoyaron, sin excepción, la invasión de Iraq. No obstante, por cuestiones prácticas, todavía tiene sentido hablar de los intereses de la clase capitalista estadounidense, británica o coreana, ya que los intereses corporativos como los de Murdoch, los de Carlos Slim o el grupo Salim, simultáneamente se alimentan de, y nutren, a aparatos estatales concretos. Sin embargo, cada uno puede, y así ocurre de manera característica, ejercer poder de clase en más de un Estado de manera simultánea. Aunque este grupo dispar de individuos insertos en el mundo de las corporaciones y en el mundo financiero, comercial e inmobiliario, no necesariamente conspira en tanto que clase, y aunque pueda haber frecuentes tensiones entre los mismos, poseen, no obstante, una cierta acomodación de intereses que por regla general reconoce las ventajas (y actualmente algunos de los peligros) que pueden derivarse de la neoliberalización. Igualmente poseen a través de organización como el Foro Económico de Davos, medios para el intercambio de ideas y para tratar y asesorar a los líderes políticos. Ellos ejercen una inmensa influencia en los asuntos globales y poseen una libertad de acción que ningún ciudadano ordinario tiene.

Perspectivas de la libertad

Esta historia de la neoliberalización y de la formación de la clase, así como la creciente aceptación de las ideas de la Mont Pelerin Society como las ideas dominantes de la época, resultan especialmente interesantes cuando se colocan al trasluz de los contraargumentos expuestos por Karl Polanyi en 1944 (poco antes de la fundación de la Mont Pelerin Society). En una sociedad compleja, observó, el significado de la libertad se convierte en algo tan contradictorio y tan tenso como irresistible son sus incitaciones a la acción. En su opinión, hay dos tipos de libertad, una buena y otra mala. En este segundo grupo se incluían «la libertad para explotar a los iguales, la libertad para obtener ganancias desmesuradas sin

prestar un servicio conmensurable a la comunidad, la libertad de impedir que las innovaciones tecnológicas sean utilizadas con una finalidad pública, o la libertad para beneficiarse de calamidades públicas tramadas secretamente para obtener una ventaja privada». Sin embargo, proseguía Polanyi, «la economía de mercado, bajo la que crecen estas libertades, también produce libertades de las que nos enorgullecemos ampliamente. La libertad de conciencia, la libertad de expresión, la libertad de reunión, la libertad de asociación, la libertad para elegir el propio trabajo». Aunque puede que «apreciemos el valor de estas libertades por sí mismas» -y, sin duda, muchos de nosotros todavía lo hacemos-, eran en buena medida «subproductos del mismo sistema económico que también era responsable de las libertades perversas». La respuesta de Polanyi a esta dualidad resulta extraña de leer dada la actual hegemonía del pensamiento neoliberal:

La quiebra de la economía de mercado puede suponer el comienzo de una era de libertades sin precedentes. La libertad jurídica y la libertad efectiva pueden ser mayores y más amplias de lo que nunca han sido. Reglamentar y dirigir puede convertirse en una forma de lograr la libertad, no sólo para algunos sino para todos. No la libertad como algo asociado al privilegio y viciada de raíz, sino la libertad en tanto que derecho prescriptivo que se extiende más allá de los estrechos límites de la esfera política, a la organización íntima de la sociedad misma. De este modo, a las antiguas libertades y los antiguos derechos cívicos se añadirán nuevas libertades para todos y engendradas por el ocio y la seguridad social. La sociedad industrial puede permitirse ser a la vez libre y justa.

Desgraciadamente, indicaba Polanyi, la transición a tal futuro se encuentra bloqueado por el «obstáculo moral» del utopismo liberal (y en más de una ocasión cita a Hayek como ejemplo de esta tradición):

La planificación y el dirigismo son acusados de constituir la negación de la **libertad**. La libre empresa y la propiedad privada son declaradas partes esenciales de la libertad, y se dice que una sociedad no constituida sobre estos pilares no merece el nombre de libre. La libertad creada por la reglamentación es denunciada como un año libertad. La justicia, la libertad y el bienestar que esta reglamentación ofrece, son criticadas como un disfraz de la esclavitud.

La idea de libertad «degenera, pues, en una mera defensa de la libertad de empresa» que significa «la plena libertad para aquellos cuya renta, ocio y seguridad no necesitan aumentarse y apenas una miseria de libertad para el pueblo, que en vano puede intentar hacer uso de sus derechos democráticos para resguardarse del poder de los dueños de la propiedad». Pero si, tal y como siempre es el caso, «no es posible sociedad alguna en la que el poder y la compulsión estén ausentes, ni un mundo en el que la fuerza no desempeñe ninguna función», entonces, la única forma de que esta visión liberal utópica pueda sostenerse es mediante la fuerza, la violencia y el autoritarismo. El utopismo liberal o neoliberal está avocado, en opinión de Polanyi, a verse frustrado por el autoritarismo, o incluso por el fascismo absoluto. Las buenas libertades desaparecen, las malas toman el poder.

El diagnóstico de Polanyi parece peculiarmente apropiado para nuestra condición contemporánea. Nos ayuda a avanzar un buen trecho en la comprensión de lo que el presidente Bush quiere decir cuando afirma que «en tanto que somos la mayor potencia sobre la tierra, nosotros tenemos la obligación de contribuir a expandir la libertad». Sirve

para explicar por qué el neoliberalismo se ha tornado tan autoritario, enérgico y antidemocrático, en el preciso momento en que «la humanidad sostiene en sus manos la oportunidad de ofrecer el triunfo de la libertad sobre todos sus enemigos seculares». Nos hace concentrarnos en el hecho de que tantas corporaciones se hayan beneficiado de retener los beneficios que brindan sus tecnologías a la esfera pública (como en el caso de los medicamentos del SIDA), así como también de las calamidades de la guerra (como en el caso de Halliburton), del hambre y del desastre medioambiental. Hace aflorar la preocupación acerca de si muchas de estas calamidades o casi calamidades (la carrera armamentística y la necesidad de enfrentarse a enemigos tanto reales como imaginarios) no han sido secretamente urdidas con la finalidad de obtener ventajas empresariales. Y se torna extremadamente claro por qué los ricos y los poderosos apoyan tan ávidamente ciertas concepciones de los derechos y de las libertades mientras tratan de persuadirnos de su universalidad y de su bondad. Después de todo, treinta años de libertades neoliberales no sólo han servido para restaurar el poder a una clase capitalista definida en términos reducidos. También han generado inmensas concentraciones de poder corporativo en el campo de la energía, los medios de comunicación, la industria farmacéutica, el transporte e incluso la venta al por menor (por ejemplo, Wal-Mart). La libertad de mercado que Bush proclama como el clímax de la aspiración humana, resulta que no es más que un medio conveniente para extender el poder monopolista corporativo y la Coca Cola por todo el mundo sin restricciones. Esta clase (con Rupert Murdoch y Fox News a la cabeza), que cuenta con una desorbitada influencia sobre los medios de comunicación y sobre el proceso político, tiene poder e incentivos suficientes para convencernos de que todos estamos mejor bajo el régimen de libertades neoliberal. Efectivamente, a la elite que vive confortablemente en sus guetos dorados, el mundo le debe parecer un lugar mejor. Tal y como Polanyi podría haber observado, el neoliberalismo confiere derechos y libertades a aquellos «cuya renta, ocio y seguridad no necesitan aumentarse», dejando una miseria para el resto de nosotros. ¿Cómo es, entonces, que «el resto de nosotros» hemos aceptado con tanta facilidad este estado de cosas?